

«HOY EL TEATRO DUERME», DICE MARIA CASARES

Mientras la sociedad esté dividida, no se producirá la comunión entre público, intérpretes y autor que conoció en el pasado La actriz coruñesa conserva el acento nativo a pesar de más de treinta años de destierro

ANTE mí, la cabeza casi rapada de María Casares, en la que alguna cana asoma entre el cabello andrino, como una denuncia de edad que, en cambio, niegan su jovialidad y su vitalidad.

El teatro: una manera de vivir

Habla de lo que llama "manera de vivir", la profesión que ha colmado ininterrumpidamente más de tres décadas de su existencia: el teatro.

—En estos momentos, el teatro duerme. No sé en España, pero en Francia noto una diferencia enorme respecto a la época en que yo empezaba a actuar. El público se unificaba ante el espectáculo. Había un fondo de intereses comunes a todos los estamentos sociales. Hoy, a la inversa, la división predomina y no basta el arte para paliar las diferencias. Las opiniones están encontradas, parecen inconciliables; no se puede alcanzar aquella ideal comunión de antaño. Por eso, el teatro languidece. Yo digo que duerme.

Con un apasionamiento radiante, que la ha situado sobre los planos más elevados de la escena europea, que le ha permitido triunfar muy joven y fuera de su patria, María expone sus teorías. (Mientras no fuma, entretiene las manos en jugueteo con las yemas de sus dedos).

—El teatro—afirma—, de suyo, es erotismo—en un amplio sentido—y magia. Los espectadores se compenetran con el autor mediante el intérprete. Ahora bien, imprescindiblemente deben encontrarse en la misma onda, lo que no ocurre hoy. De ahí que no se produzcan identificación ni unión como las que he conocido en el pasado. No se culpa a nadie. Ocurre como efecto de la desintegración y de la confusión reinantes. Antes ha-



María Casares mira de frente, con gallardía

atavios pintorescos como disfraces. Los considero pruebas evidentes de que el presente pide un teatro específicamente suyo, porque el teatro refleja la comunidad en donde se desarrolla. En este instante, la situación es así. Hay que esperar que esto pase.

No se percibe modulación optimista en su última frase.

—¿Piensas que se prolongará la espera?

—No sé, no sé.

María Casares mira de frente, con gallardía; un brillo chispeante en sus ojos verdes predice cuándo se des tapará en carcajadas roncadas, con lo que nos alegra a menudo. Los estadounidenses, en esas concisas biografías de diccionario, la describen como "morena e impresionante". Supongo que parten de una contem-

plación lejana, desde la butaca. Por supuesto que, desde cualquier distancia, no se puede discutir la negrura de su pelo; en cuanto a la leyenda de su solemnidad, se acaba en una aproximación a ella. Porque es afable, comunicativa y expresiva, aunque cuenta que se crió en la soledad del campo y que le costó trabajo reducir su insociabilidad y aún se considera un poco salvaje.

actriz!" Yo no había sentido vocación ninguna; dentro de lo que era posible, a los catorce años, había pensado en ser médico, pero en vista del consejo tomé este rumbo. De entrada no sabía francés. Ingresó en un liceo, y antes de concluir el bachillerato compaginaba sus clases con la asistencia al Conservatorio. A los diecinueve años, alumna graduada precozmente, subía a escena por primera vez y con un papel difícil en "Deirdre de los pesares", de Synge, en el teatro Maturin, de la capital de Francia.

—Yo había dedicado muchas horas a impostarme la voz; pues bien, el día del estreno me la rompí. Luego aprendí a arreglármela sola, como a sustraerme del miedo ("track") y a dominar mi cuerpo. Mi pavor del principio tenía unas dimen-

nes diarias, habituales en esta tierra ibérica, amén de alguna afección alérgica, le jugaron una mala pasada. De pronto se encontró muda. Un cuidado constante, visita regular al médico, reposo sin concesiones a ningún capricho—ni siquiera un paseo por el Rastro, que le apetecía tanto—le permiten recuperarse y seguir adelante. Así, con más valor que el Guerra, únicamente liberada de dos funciones semanales, por lo que actúa diez veces; dosificando las charlas y limitando las entrevistas, se concentra en lo que le importa seriamente: su labor.

María se siente solidaria del deseo de sus colegas españoles sobre establecer una función única diaria. Defiende su derecho al descanso, a la contemplación, a la lectura y a la observación

El miedo, al comienzo de su carrera, la hacía temblar en el escenario como si soplara el viento

bía unos valores reconocidos, que se han echado por tierra; en la actualidad se anda rastreando otros, para sustituirlos, pero no han aparecido todavía. De forma que, en lugar de ceremonia de exorcismos, de instrumento de integración de individuos distintos o de exaltación colectiva, el teatro se ha vuelto otra cosa y los que lo frecuentan no participan ni crean.

Lo "hippy" es teatro

—¿Sabes que algunos jóvenes achacan al teatro un convencionalismo y una artificialidad que les desagradan?

—Sí, lo sé—responde—. Eso es lo que induce a tantos ensayos y experimentos como se están llevando a cabo, como la salida a la propia calle a representar. Y todo ese furor de las modas "hippy" no son, en cierta medida, sino representaciones teatrales, con sus

Su expresividad fue la llave de su carrera

Era una niña a la que le gustaban los poemas. Como se sabe, la actriz María Casares es hija del político español Casares Quiroga. En el exilio de París, adonde se trasladó acompañando a sus padres, un conocido de la familia la escuchó recitar un romance.

—Me estremecía, lloraba, gemía; en fin, al terminar, nuestro amigo exclamó: "¡Esta chica tiene que ser

siones tremendas; me decían que parecía que soplaban el viento en el escenario, de tal forma me veían temblar; se me movían hasta los carrillos. Me impuse un método, una especie de yoga, de mi invención. En la actualidad, aunque la práctica nos valga más que ninguna escuela, se enseñan asignaturas de este tipo a los aspirantes a actores, pero en aquel entonces se nos preparaba exclusivamente para la emisión y articulación de la voz.

Pues hete aquí que ésta le ha vuelto a acarrear problemas al presentar "El adelfio", de Alberti, obra con la que se ha dado a conocer en persona al aficionado madrileño, que sabía de su fama años ha. La lengua española exige un ejercicio de garganta, innecesario en la francesa. Por llevar mucho tiempo sin practicarla, quizá resultó breve el espacio de un mes de ensayos. Además, las dos representacio-

para que puedan rendir más y aportar más a la encarnación de sus personajes. Se pregunta por qué hay una diferencia de consideración entre ellos y los deportistas

A esta combativa mujer le incomoda su célebre apellido, porque no puede causar sorpresa en los sitios a donde llega. De otro lado y eso no le debe importar dado su temperamento, le obliga a no rebajar nunca su marca y a no dormirse en los laureles. No es esa su única lucha. Mantiene otra contra cada una de las imágenes que de sí misma surgen por cada obra en la que interviene. "Hay que pelear para no caer en la esclerosis", afirma.

Su perseverancia encuentra ejemplo en el acento gallico, indeleble, a pesar de largo destierro, que perfuma su hablar, incluso cuando le hace en francés.

Mary G. Santa Eulalia

(Foto Soriano.)